

Verano, verano

de Myrna Casas

Personajes (en el orden de intervención)

Don Pablo
Celeste
Juan Pablo
Adriana

Hace tiempo (*años cincuenta*)

Don Pablo

ESCENA 1

En el verano íbamos al campo. La mañana tenía una luz de naranja pálida que a veces se tornaba en un verde imperceptible antes que llegase el azul.

El pueblo lejano surgía de entre la niebla que poco a poco descubría techos, campanario, árboles tocados por el amanecer naranja y limón. Entonces, el azul, que imperaba todo el día, hacía al pueblo sumamente claro.

El tiempo corría con la risa y los juegos de los niños. Mi mujer daba órdenes de limpieza, de cocina, de toda clase de actividad que pudiese imaginar casera. Mi cuñada Francisca bordaba y tejía como todas las tías solteras y el pequeño Juan preguntaba insistentemente cuando habíamos de regresar a la ciudad. Quería volver a jugar en la playa. Nunca me gustó el mar.

Cuando el azul se había convertido en plomo rojizo horizonte, un frío veraniego entraba al balcón y se deslizaba por toda la casa. El sueño había vencido a los niños. Mi mujer y su hermana habían terminado el rosario nocturno que contestaba la servidumbre.

En el cielo, ahora azul añil, unas enormes estrellas acompañaban el silencio.

BAJA LUZ
DESAPARECE DON PABLO

ESCENA 2

(En el balcón. Juan Pablo Sentado. Celeste)

Celeste: Papi.

(Juan no contesta.)

Celeste: Papi.

(Juan no contesta.)

Celeste: ¿Me estás oyendo?

Juan: Sí.

Celeste: ¿Entonces, por qué no contestas?

Juan: Te contesté. Te dije, sí.

Celeste: Eso no es una contestación.

Juan: Sí que lo es. Sí.

Celeste: Está bien. Por eso no vamos a discutir.

Juan: ¿Por qué?

Celeste: Por nada. Vuelvo otro día. Parece que hoy no estás de humor.

Juan: Nunca.

Celeste: Ya lo sé. Pero, sigo tratando.

Juan: Sigue.

Celeste: A lo mejor algún día me respondes.

Juan: ¿A qué?

Celeste: A lo que quiero saber. A lo que te pregunto.

Juan: No me gustan las preguntas.

Celeste: Vuelvo otro día. (Inicia mutis.)

Juan: No te vayas.

Adriana: (Desde afuera) ¡Juan!

(Juan no contesta.)

Adriana: ¡Juan Pablo!

(Juan no contesta.)

Adriana: (Entrando) ¿Con quién estás hablando?

Juan: Con nadie.

Adriana: Te oí.

Juan: No oíste nada.

Adriana: Claro que sí. ¿No me digas que de nuevo con ella?

Juan: ¿Qué ella?

Adriana: Sabes muy bien qué ella.

Juan: Ni idea.

Adriana: No te hagas que no te va.

Juan: No me hago. ¿A qué diablos te refieres?

Adriana: A que últimamente te la pasas hablando con ella y eso no te viene bien.

Juan: ¿Tú que sabes lo que me viene bien o lo que no me viene bien?

Adriana: Lo que no te viene bien es estar hablando a solas con alguien que no existe.

Juan: Existe.

Adriana: No existe. Te lo advierto, te vas a volver loco un día de

estos, si es que no estás loco ya. ~~Sentado en este~~
~~balcón~~ habla que te habla con alguien que no está. ¿Qué
van a decir los vecinos? Y, no me digas que no te ven.
Los del frente sí que te ven. Doña Pepa se lo va a decir
al vecindario entero: "Juan Pablo se sienta en ese balcón
como a las seis de la tarde y se pone a hablar solo,
solito. Claro que solo. Si yo lo veo desde acá. La mujer
trata de disimularlo cuando lo coge hablando porque sabe
que lo estoy viendo y se le para al frente y lo tapa.
Pero a veces ella ha ido al ~~supermercado~~ o a no sé donde
y él sale al balcón y se pone a hablar solo".

Juan: ¿Fuiste al supermercado? ¿Me trajiste los tomates? Me
gustan los chiquitos. Traes los grandes que nunca
maduran.

Adriana: Vete al infierno, Juan.

Juan: Estoy de vuelta. ¿Qué te parece?

Adriana: Me parece que un día de estos te vuelves loco de remate
y tendremos que encerrarte.

Juan: Más de lo que estoy.

Adriana: Te llamo cuando esté la comida. Traje los tomates
pequeños. (Mutis.)

Celeste: (Entrando) ¿Regañándote de nuevo, no?

Juan: Creo que le divierte.

Celeste: ¿Le divierte regañarte?

Juan: No tiene mucho que hacer. Tiene tiempo.

Celeste: ¿Y, la casa?

Juan: La mujer viene una vez a la semana a hacer la limpieza.

Celeste: Pensé que lo haría ella.

Juan: La pago yo. Con la pensión. No es gran cosa, pero...

Celeste: ¿Pensión?

Juan: Por incapacidad.

Celeste: ¿Qué incapacidad?

Juan: No sé. Fue ella quien lo agenció todo.

Celeste: ¿Y la que maneja el dinero, supongo?

Juan: Lo hace bien. A mí no me interesa.

Celeste: Pero cocina.

Juan: Eso sí. Siempre le gustó.

Celeste: Cierto. Le gustaba. Creo que era lo único que le gustaba.

Los postres. Nos hacía postres. A cada uno, uno distinto.

A ti dulce de lechoza, a mí de naranja y budín de frutas para...

Adriana: (Interrumpe.) ¡Juan Pablo, ven a comer!

Juan: No tengo hambre.

Celeste: Ve, te espero aquí.

Juan: ¿Segura?

Celeste: Sí, te espero. Ve.

(Juan sale.)

ESCENA 3

Celeste: (Sola.) Budín de frutas. Había que hacerle uno especialmente para él. Nosotros comíamos del otro. A mí no me importaba mucho porque nunca me gustó. Me lo comía porque había que comerse todo lo que le pusieran a uno en el plato. Yo le sacaba las ciruelas y las cerezas y me las comía. Luego majaba con el tenedor lo que quedaba del budín. Hacía el esfuerzo mientras él devoraba su propio budín colocado en una fuente ovalada y azul que tenía unos chinos y unos pajaritos dibujados en el medio. Por eso él decía que no terminaba el postre hasta que aparecieran los pajaritos azules. El dulce de lechoza daba trabajo hacerlo pero como era para Papá ella se tomaba el tiempo. El de naranja también le daba trabajo. Es verdad que a mí me gustaba por sobre todos los postres. Por eso mismo casi nunca lo hacía.

ESCENA 4 - CELESTE Y JUAN

Celeste: Hoy hace mucho calor.

Juan: Estamos en junio. Quizás haya huracanes este año. Cuando hace mucho calor en junio es que van a venir huracanes.

Celeste: Estamos en julio. ¿Quién dijo eso de los huracanes?

Juan: No sé quién. A lo mejor fue en casa cuando era yo

pequeño.

Celeste: Cuéntame.

Juan: ¿Qué?

Celeste: De cuando eras pequeño.

Juan: No recuerdo.

Celeste: Mentira. Acabas de acordarte de algo.

Juan: Dije, a lo mejor.

Celeste: Pero era un recuerdo.

Juan: No.

Celeste: Nunca quieres hablar de tu pasado, de tu familia. De los abuelos, tus hermanos.

Juan: Están muertos.

Celeste: Pero una vez estuvieron vivos.

Juan: No recuerdo.

Celeste: Mentira. Has dicho que están muertos. Eso es recordar.

Juan: No lo es.

Celeste: Anda, cuéntame.

Juan: ¿Para qué? ¿De qué te va a servir que te cuente?

Celeste: Qué sé yo de qué me va a servir, puede ser que me entretenga. Puede ser que quiera conocer a toda esa gente a través de tu recuerdo. Yo no tengo familia, no tengo recuerdos. Quizás los tuyos puedo hacerlos míos.

Juan: Tienes familia.

Celeste: Tú, nadie más. Eso no es familia.

Juan: ¿Y, ella?

Celeste: Nunca me quiso. Siempre me crió como...

Juan: ¿Como qué?

Celeste: Como si fuera yo otra.

(Juan se ríe.)

Celeste: ¿Por qué te ríes?

Juan: Porque me dan gracia tus disparates.

Celeste: Disparates, no; verdades.

Juan: En el campo cuando íbamos a la casa grande, yo tenía un cabro. Le puse Matute. Halaba un carrito de madera, como si fuese un caballo. Yo me montaba en el carrito que había hecho mi hermano mayor y Matute le daba la vuelta a la casona. Yo imaginaba que iba montado en una carroza, como los reyes. Había visto una lámina en un libro de cuentos que tenía mi hermana. Un príncipe llegaba a casa de una muchacha pobre montado en una carroza que tiraban dos caballos blancos con plumachos en la cabeza. Tenían también una manta muy hermosa sobre el lomo. Era de seda con dibujos dorados. Una vez le puse a Matute el traje de boda de mamá. La había visto cuando lo sacaba de un baúl, lo miraba, se echaba a llorar y luego lo guardaba. Pensé que si el traje la hacía llorar era mejor que vistiera a Matute para que se pareciera a los caballos del príncipe. El abanico de la tía Francisca se lo puse de plumacho. Lo

amarré con una sogá a los pelos que tenía el cabro entre las orejas. Pero eso no funcionó. No bien terminé de ponerle el plumacho, Matute sacudió la cabeza y salió como alma que lleva el diablo. El traje se hizo añicos, después que tanto trabajo me había dado ponérselo, las mangas en las patas de adelante. ¿De qué te ríes?

Celeste: Del cabro vestido con el traje de bodas de la abuela.

Juan: No lo viste.

Celeste: Pero lo imagino y me hace gracia. Tremenda pela que te darían.

Juan: No, no me dieron. Me asusté tanto que me fui al campo de fresas que había detrás de la casa. Me subí a un árbol y estuve allí montado el día entero. Oía a mis hermanos y a mamá llamándome. Después a la tía y a la cocinera. No contesté. El hijo de la cocinera sabía donde yo estaba pero no dijo nada. Bajé al anochecer y me fui a la cama. Al otro día muy temprano Mamá me trajo un gran vaso de leche recién ordeñada, me miró fijamente y me dijo: "Gracias, Juan Pablo, desde hoy no tengo por qué llorar."

Celeste: ¿Qué dijo el abuelo?

Juan: Nada. Hacía dos años que él se había marchado con una de sus cortejas.

Celeste: Por eso no podíamos visitarlo.

Juan: ¿Te hubiese gustado conocerlo?

Celeste: Lo conocí.

Juan: ¿Cómo?

Celeste: Sólo una vez. Tu tía Francisca nos llevó al parque detrás de la iglesia. No sé de qué manera se había comunicado con ella. Ustedes no estaban en casa. Tía nos vistió a los dos con ropa de domingo. Prometió que si nos portábamos bien nos llevaría a tomar todo el helado que quisiéramos después de dar un paseo por el parque.

Juan: ¿Qué les dijo?

Celeste: ¿El abuelo?

Juan: Sí.

Celeste: Que parecíamos buenos chicos. No recuerdo qué más. Hablé un poco con tía Francisca, me dio un beso en la frente, otro a Bobby y se fue.

Juan: ¿Cómo supiste que era Papá? ¿Te lo dijo la tía?

Celeste: No. Lo supe porque cuando nos besó estaba llorando.

Juan: Nunca dijiste nada.

Celeste: Se lo prometí a la tía.

Juan: Tampoco Bobby.

Celeste: Era muy pequeño. Además tenía prisa por comer el helado.

(Corto silencio.)

Te has quedado muy callado, ¿no te gustó que te hablara del abuelo?

Juan: No es eso.

Celeste: ¿De Bobby? Antes lo he mencionado.

Juan: ¿Por qué no está contigo?

Celeste: No sé.

Juan: No están muertos.

Celeste: ¿Quiénes?

Juan: Mis hermanos. Por lo menos eso creo.

Celeste: ¿Dónde están, entonces?

Juan: No sé.

Celeste: ¿Alguna vez los buscaste?

Juan: No.

Celeste: ¿Ni al abuelo?

Juan: Se lo prometí a Mamá.

Celeste: ¿Por qué?

Juan: No sé.

Celeste: Nunca sabes nada.

Juan: Así es. Nunca sé.

Celeste: ¿Me cuentas algo más?

Juan: No, ya no recuerdo más.

Celeste: Ya no quieres recordar.

Juan: Cierto, no quiero.

Celeste: Vuelvo otro día.

Juan: Sí, vuelve. Espera.

Celeste: ¿Qué?

Juan: Nunca te lo he dicho. No sé por qué.

Celeste: Dime.

Juan: A ella, te pareces mucho a ella.

Celeste: ¿A quién?

Juan: A mi madre.

(Celeste sonríe.)

Lo ves, que sí tienes familia. Aunque no la hayas conocido no deja de ser tu sangre. Hay mucho de ella en ti.

Celeste: Quizás. Vuelvo otro día, papá.

Juan: Sí, vuelve.

ESCENA 5

Adriana: (Sola.) Me casé con Juan Pablo cuando yo tenía unos 26 años. Mi hermana decía que no me iba a casar nunca. Iba para jamona, decía, y me sonreía y yo me sonreía y luego llorábamos, porque nuestra madre, justo antes de morir, le había dicho lo mismo a ella. Mi hermana se casó a los pocos meses y yo, pues yo un poco más tarde. Conocí a Juan en una cafetería cerca de donde trabajábamos. No, no es que trabajáramos en el mismo lugar. Él en una oficina del gobierno y yo de secretaria de unos comerciantes —por cierto, uno quería tomarme de

querida— digo, de amantes... bueno, de lo que fuese... era muy difícil sacarle el cuerpo. Quería que me quedara tarde para entonces... Yo me dejé un día, claro sólo unos besos y cuando trató de quitarme la blusa le di una patada bien fuerte en... Tuve que renunciar al otro día. Me fui a la cafetería, pedí un café y me eché a llorar. En eso sentí que me tocaban el hombro. Era Juan que me había visto entrar y bueno, podría decir que en cierto modo me consolé. Era muy dulce entonces. Su mamá había muerto en esos días así que podríamos decir que su soledad y la mía se encontraron. Conseguí otro trabajo, por suerte no me pidieron referencias —los comerciantes no me las hubiesen dado. Era una compañía pequeña, ^{eran americanos,} necesitaban una secretaria y como yo también sabía de números y hablaba buen inglés —siempre saqué buenas notas. Nos fuimos conociendo Juan y yo... lo poco que uno se conoce realmente, pero como dije, era dulce y me dedicaba poemas... no sé si eran buenos pero para mí lo eran, aunque no los entendiera. Me decía: "mi pequeña mujer de cortos días y largas noches". No sé qué quería decir con eso porque yo trabajaba largas horas y mis noches eran bastante cortas

especialmente cuanto tuve a los niños. Pero ahora, sin ellos, se han hecho largas las noches, también los días.

ESCENA 6 - DON PABLO Y ADRIANA

Adriana: Buenas tardes.

Don Pablo: Buenas. ¿Adriana?

Adriana: Sí. Me atreví a llamarle porque...

Don Pablo: No faltaba más. Estoy a su disposición. Pase, por favor.

Adriana: No sé, quizás no debí molestarle.

Don Pablo: No diga eso. Siéntese. Usted dirá.

Adriana: Juan Pablo no debe saber que he venido a verlo. Su secretaria podría decir algo. Di mi nombre de casada. Fue una imprudencia.

Don Pablo: Mi secretaria no conoce de la existencia de mi hijo. Solamente conoce a los dos mayores.

Adriana: Juan nunca los menciona.

Don Pablo: No me extraña.

Adriana: ¿Por qué?

Don Pablo: Su madre no perdonó que ellos aceptaran mi ayuda. Pagué los estudios de ambos. Germán se hizo médico.

Celeste sicóloga y luego se casó con el mejor amigo de Germán. Viven fuera. Se comunican poco.

Adriana: ¿Celeste?

Don Pablo: ¿Cómo?

Adriana: ¿La hermana de Juan se llama Celeste?

Don Pablo: Sí.

Adriana: Por eso quiso que le pusiéramos así a nuestra hija, a la mayor. El pequeño se llama como mi padre quiero decir, se llamaba. Perdóneme... yo... (Va a levantarse.)

Don Pablo: Nada que perdonar. Adriana no se vaya. No me quite usted la oportunidad de compartir su pena. Un dolor que he tenido que sufrir a solas. Eran mis nietos. Y, sabe, el dolor era aún más profundo porque no los tuve conmigo nunca... una vez... solo una vez... muy de pequeños en un parque. Mi cuñada Francisca me los trajo. Pude besarlos en la frente. Quizás la niña me reconoció. Se sonrió y con su mano trató de secarme las lágrimas. El niño era muy pequeño.

Adriana: ¿Por qué no vino usted a vernos?

Don Pablo: Fui a una misa. Entré a la iglesia pero salí enseguida. Había poca gente. Usted, Juan, una señora y creo que un hombre.

Adriana: Mi hermana. Tengo una hermana. El hombre era su marido. Juan no tiene amigos.

Don Pablo: Siento no haberme acercado. Más bien por usted que por él.

Adriana: No se preocupe. Comprendo.

Don Pablo: Juan me hubiese rechazado. Su madre lo indispuso contra mí para toda la vida. No me extrañaría que a la hora de su muerte ella le hiciera jurar que jamás me buscaría.

Adriana: No sé. Había muerto antes que nos conociéramos. Él no la menciona mucho. Nunca me ha dicho que pasó entre ustedes.

Don Pablo: Los abandoné. Cuando quise volver con mi esposa ya me había puesto la demanda de divorcio. Hubiese podido exigirle que me dejara ver los niños pero en ese momento me pareció que sería una situación muy difícil para ellos... ese ir y venir entre nosotros dos, especialmente con la amargura que le atormentaba a ella. Pero no estamos para esos recuerdos. ¿Podría saber qué puedo hacer por usted?

Adriana: No debí venir. No tengo derecho a pedirle nada.

Don Pablo: Por contrario. Tiene todo el derecho del mundo.

Adriana: Es que Juan Pablo no está bien. No ha querido volver a su trabajo. Solicité desempleo, por

incapacidad. Es muy complicado todo. Tanta papelería, exámenes médicos y él se niega... Yo tuve que dejar mi trabajo porque no lo quiero dejar solo, a veces me da miedo.

Don Pablo: No me dé explicaciones, ¿qué necesita?

Adriana: Por unos meses, en lo que consigo trabajo de nuevo. Entonces lo tendré que dejar solo.

Don Pablo: Unos meses, no. Le debo muchos años a Juan Pablo. Dígame donde puedo enviarle un cheque mensual.

Adriana: Mi hermana puede venir por el cheque. Si le parece.

Don Pablo: Definitivamente. Me dice usted la cantidad.

Adriana: No sé, solamente quiero cubrir el pago de la casa, el agua, la luz. Tenemos unos ahorros. Nos da para la comida y...

Don Pablo: (Le da un cheque que ha estado haciendo.) Aquí tiene usted. ¿le parece bien para los primeros dos meses?

Adriana: Es demasiado.

Don Pablo: Ya le he dicho que le debo años a Juan.

Adriana: Gracias.

Don Pablo: A usted por acordarse de mí.

Adriana: No tenía a quién acudir.

Don Pablo: Si Juan necesita tratamiento, estoy dispuesto a buscárselo.

Adriana: Es muy testarudo. Dice siempre que está bien. Se ha forjado un mundo de espaldas a la realidad.

Don Pablo: Fue fantasioso desde pequeño. Recuerdo que hasta hablaba con amigos invisibles, quizás es preferible no enfrentarse a realidades tan amargas.

Adriana: Alguien tiene que enfrentarse.

Don Pablo: Cierto.

Adriana: De nuevo, gracias, don Pablo.

Don Pablo: Ya le he dicho que no tiene por qué dármeLas. Es mi hijo. Eran mis nietos.

Adriana: Sí, eran.

ESCENA 7

Don Pablo: Me fui. Era muy difícil seguir engañándola. Su mirada con aquella dolorosa pregunta que ella misma sabía contestar. Su mirada, tan intensa. Podía serlo. Aunque fuesen tan negros sus ojos. No es el color, es la forma de mirar. Acusan, aman, se llenan de tristeza aún sin lágrimas. Yo le decía, mis ojos de azabache. Pero, eso era al principio. Después...

Las otras tenían la mirada vacía. Ojos color caramelo, verdes, qué sé yo. Nada les importaba. Bueno, sí, mi dinero. La única pregunta era: ¿Cuánto? Una duró tres,

quizás cinco años. Otras, no recuerdo. El tiempo se borra después del tiempo. Me gustaron siempre todas las mujeres, especialmente si eran de simple y vacío mirar. La mujer de mi hijo tiene los ojos de azabache. En su mirada hay también una dolorosa pregunta que ella misma sabe contestar.

ESCENA 8 - ADRIANA - JUAN - LUEGO CELESTE

Adriana: ¿A que no te acuerdas?

Juan: ¿De qué?

Adriana: ¿Ves?, no te acuerdas.

Juan: Si no me dices de qué, ¿cómo me voy a acordar?

Adriana: Del día que fuimos a ver el sol en aquel restaurancito frente al mar.

Juan: No quiero saber del mar.

Adriana: Tampoco yo, pero...

Juan: ¿Entonces, por qué lo mencionas?

Adriana: Solo recordé el lugar, el cielo, la caída del sol. Había una terraza. Pediste unos tragos y nos quedamos allí largo rato mirando la caída del sol, así de frente.

Juan: ¿Qué terraza? ¿Qué restaranté?

Adriana: Fue muy hermoso.

Juan: ¿La puesta del sol?

Adriana: ¿No recuerdas?

Juan: No.

Adriana: Los momentos agradables no los recuerdas.

Juan: Sí los recuerdo, cuando yo creo que son agradables.

Adriana: ¿No fue aquel un momento agradable?

Juan: No. Si lo hubiese sido lo recordaría. Además, yo nunca he mirado hacia el sol de frente. Hace daño a los ojos.

Adriana: No quise decir de frente.

Juan: ¿Entonces, qué quisiste decir? Porque sí dijiste de frente. Miramos la caída del sol largo rato, eso fue lo que dijiste.

Adriana: Qué importa lo que dije. Ya no importa. Olvidalo.

Juan: ¿Cómo lo voy a olvidar si no lo recuerdo?

(Celeste ha entrado.)

Celeste: ¿Lo olvidaste? Yo era pequeña y lo recuerdo.

Juan: Tú no estabas.

Adriana: ¿Que no estaba? ¿Que no estaba dónde?

Juan: Allí.

Celeste: Claro que sí. Tenía siete años.

Juan: No estabas, así que no puedes recordar.

Adriana: Claro que puedo recordar. Acabo de decírtelo. El que dice que no recuerda eres tú.

Juan: Cállate.

Adriana: No me mandes a callar.
Celeste: No la mandes a callar.
Adriana: Siempre me mandas a callar.
Celeste: ¿Por qué la mandas a callar siempre?
Juan: Porque me fastidian las preguntas.
Adriana: Sólo te pregunté si recordabas algo hermoso.
Celeste: Fue algo hermoso, ¿lo ves?
Juan: No recuerdo. No recuerdo nada hermoso.
Celeste: No digas eso.
Juan: Bien, no lo digo.
Adriana: Trato de que hablemos un poco.
Juan: ¿De qué vamos a hablar tú y yo?
Adriana: Supongo que de nada o quizás de mucho.
Juan: Prefiero de nada.
Adriana: Lo sé. Voy dentro entonces.
Juan: Puede que hable con ella.
Adriana: Habla con quien quieras. Me da igual. (Sale.)
(Celeste comienza mutis.)
Juan: (A Celeste.) No te vayas tú.
Celeste: Ahora no quiero estar.
Juan: Por favor, no te vayas. Hablaré contigo.
Celeste: Hoy no.

(Celeste sale. Juan se percata que la vecina
ha estado espiondo.)

ESCENA 9 - JUAN

Juan: ;Mire, vieja entrometía! Sí. Usted, usted misma. ¿Qué está mirando, ah? ¿Por qué no se busca los binoculares de su marido? Sí, de su marido. Los que usa para ligar las muchachas del lado de su casa. Desde el balcón de arriba. ¡Viejo verde! Las liga cuando usted no está. Claro que a lo mejor usted está y no le importa. En vez de ocuparse del viejo ligón se ocupa de los vecincs. No estoy hablando con nadie. ¡Estoy rezando, sabe! Rezando por mi familia, para que se los lleven a todos a donde deben estar. Rezando para que a usted y a su marido y a esa hija puta que tienen se los lleven al infierno. Ahí puede su marido ligar a todos los cabrones que bailan con el diablo y su hija puede meter mano con el mismo demonio. Así mismito y pueden recorrer todos juntos el infierno para que vean lo que es bueno, para que vean lo que veo yo a diario. Me monto en mi carreta y anda para allá, Matute, que nos vamos de viaje, de viaje Matute, ¡ea , Matute, mi cabro, a darle la vuelta al infierno como siempre Matuteeee! ¡Ea, Matuteee! ¡La vuelta a la casona, Matuteeeeeeeee!

ESCENA 10 - CELESTE EN EL BALCON

Celeste: (Canta) Naranja dulce, limón partido
dame un abrazo que yo te pido.
Si fuera falso mi juramento
Llegó el momento de reparar.
Toca la marcha, mi pecho llora
Adiós señora, que ya me voy.

Mi papá decía que yo cantaba bien. Entonaba, decía.
También Mamá lo decía. Yo la quería mucho y ella a mí.
Después no nos llevábamos muy bien, pero eso fue
después. Cuando llegó Bobby. Una vez se enfermó, una
fiebre muy alta, y yo estuve toda la noche de rodillas
pidiendo que no se muriera. No sé a quién se lo pedí,
pero me escuchó. Bobby se salvó. Esa vez.

(Comienza a cantar de nuevo: "naranja
dulce...")

Juan: (La escucha cantar.) Siempre tuviste bonita voz.

Celeste: Siempre y todavía.

Juan: ¿Todavía cantas?

Celeste: A veces.

Juan: Cántame.

(Celeste comienza la misma canción.)

Esa ya la escuché. Otra.

Celeste: No recuerdo otra.

Juan: Cantabas muchas. Deja ver...

Celeste: No quiero cantar más. De veras, no recuerdo. (Ríe.)

Juan: ¿Qué?

Celeste: Tú dices eso todo el tiempo, no recuerdo.

(Celeste sale de escena riendo muy quedo. Su risa se mezcla con una lejana risa de niños, quizás con alguna canción infantil, posiblemente la que ha estado cantando Celeste. Pero, esta vez, la cantan niños. Debe ser casi imperceptible la canción.)

ESCENA 11

JUAN: Mi hija siempre cantó bien. Entonaba. Desde muy pequeña aprendió las canciones infantiles que mi tía Francisca le enseñaba, a la limón, arroz con leche, naranja dulce. Yo también las aprendí con la tía, pero no cantaba bien. Eso le molestaba a mis hermanos. Se burlaban y de maldad cantaban con un horrible desentono que mortificaba a papá. Yo era muy pequeño pero eso lo recuerdo. Papá les decía: "A ver si dejan que Juan cante". Y ellos: "canta muy mal".

Don Pablo: No importa. Cantar alegra el corazón. ¿No es así, Juan?

Juan: Sí, papá.

Don Pablo: Pues, entonces, canta todo lo que quieras. Y, ustedes, o lo dejan expresarse o a sus habitaciones. ¿Entendido?

Juan: Entendieron y me dejaron cantar. Al poco tiempo papá se marchó. No volví a cantar.

(Baja luz.)

ESCENA 12

Adriana: Celeste cantaba bien. Tenía una voz hermosa. Yo también, pero hace mucho tiempo que dejé de cantar. Me gustaba hacerlo al arrullarla. Sonreía y con sus pequeñitos dedos tocaba mis labios. Como si mi voz pasara a su garganta a través de sus manos. ¡Quién sabe! Luego aprendió todas las canciones que pude enseñarle, también las que le cantaba la tía de Juan que nos visitaba en el verano y a veces para la Navidad. Los niños tuvieron con ella el calor de una abuela, por lo menos por algún tiempo. Murió poco después que cumpliera Bobby los seis años. Las tres le cantamos: Celeste, la tía y yo. A Juan no le gustaba cantar. Tampoco a Bobby.

ESCENA 13

Adriana: ¡Bobby! ¡Celeste!

Juan: Déjalos.

Adriana: Van a quemarse del sol. Sabes que Bobby tiene tan blanca la piel. Como tú.

Juan: (Cariñoso.) Como tú.

Adriana: Sí.

Juan: Déjalos. Ya vendrán. Celeste se ocupará de que Bobby no se quemé mucho.

Adriana: También tiene la piel...

Juan: (Interrumpe.) No. No se quema fácilmente. Míralos, están haciendo un castillo de arena. Se divierten.

Adriana: Se divierten, sí.

Juan: (Se ríe.) Bobby destruyó el castillo. Ahora Celeste tendrá que volver a empezar.

ESCENA 14 - CELESTE SOLA

Celeste: No hagas esto, no hagas aquello, no toques esto, no toques aquello, no digas esto, no digas aquello. No, no, no. Peor aún cuando te hacen prometer que no lo dirás. Queda uno con el secreto cuando uno es niño o una niña como yo. La tía Francisca me hizo jurar que no

diría nada a Papá sobre el encuentro con el abuelo. No dije nada...de pequeña. Tampoco dije nada de la noche que esperé a Mamá en el balcón. Tenía unos cinco años. Me había despertado muy de repente, con miedo. Fui a la habitación de Papá y Mamá. Como la puerta estaba abierta, entré. Papá dormía profundamente. Mamá no estaba. Me dio aún mucho más miedo y la busqué por toda la casa. Entonces fui al balcón y la esperé. Sabía que llegaría. Desde pequeña supe siempre lo que habría de suceder, aunque no quisiera saberlo. Me daba miedo. En aquel momento esas cosas me asustaban. Pero, poco a poco fui acostumbrándome. Los vi. Mamá me dijo que habían tenido que trabajar hasta muy tarde. Me pidió que no dijera nada. Me preguntó qué hacía yo a solas en el balcón tan de noche. Eso no lo pude contestar pero yo sabía que allí tenía que estar y estuve.

ESCENA 15 - JUAN PABLO Y ADRIANA

(Balcón. Juan sale al balcón, luego Adriana.)

Adriana: Hoy no vino.

Juan: No, no vino.

Adriana: ¿Por qué?

Juan: No sé.

Adriana: ¿No te cansas de contestar lo mismo?
Juan: Es que no sé. ¿Y, tú, no te cansas de preguntar?
Adriana: No, no me canso. Quizás algún día me hables.
Juan: Eso dijo ella.
Adriana: ¿Qué?
Juan: Que a lo mejor algún día podría hablarle.
Adriana: ¿Le hablaste?
Juan: Muy poco.
Adriana: ¿De qué?
Juan: De cuando era yo niño, pero eso no importa.
Adriana: A mí me importa. Por lo menos es algo.
Juan: ¿Algo? ¿Qué quieres decir?
Adriana: Algo. Antes nos hablábamos.
Juan: Eso era antes. ¿Qué nos vamos a decir tú y yo? A tí y a mí se nos acabaron las palabras.

(Corto silencio.)

Adriana: Lo quise mucho.
Juan: Más que a Celeste. Lo sé. Decidimos no hablar de ellos.
¿Si los perdimos por qué hablar de ellos? Tranquila. Te vas a exaltar. No creas que no te oigo llorar mordiendo la almohada.
Adriana: No lloro.
Juan: Muerdes la almohada y el llanto queda dentro de tí pero yo lo escucho.

Passa a pag. 29

* 29

(Corto silencio.)

Adriana: Lo quise mucho.

Juan: Más que a Celeste. Lo sé. Decidimos no hablar de ellos. ¿Si los perdimos por qué hablar de ellos? Tranquila. Te vas a exaltar. No creas que no te oigo llorar mordiendo la almohada.

Adriana: No lloro.

Juan: Muerdes la almohada y el llanto queda dentro de tí pero yo lo escucho.

Adriana: Es un castigo por haberlo querido tanto.

Juan: El castigo no existe y menos aún por haber amado.

Adriana: Desenfrenadamente. Así lo quise.

Juan: Es enfermizo querer así a un hijo.

Adriana: ¿A un hijo? No, a un hijo, no. A él.

Juan: ¿Él?

Adriana: Esperaba. Lo veía llegar en la mañana y me faltaba el aire. Sabía que habría de llegar, que subiría las escaleras hacia las oficinas donde trabajaba yo, que abriría la puerta y me dedicaría una media sonrisa, como si con ella me asegurase que era yo su amante, que era yo suya, tan suya como había sido la noche anterior, suya en el interminable beso, suya en la pasión enloquecedora que quemaba nuestros cuerpos hasta dejarlos fundidos, casi sin aliento, casi sin ese aire

que me faltaría en la siguiente mañana de la espera. Tenía que decírtelo. Algún día tenía que decírtelo. Cuando no quedara nada entre nosotros. Nada, sólo el silencio.

(Juan no contesta.)

Tú no sabes lo que es vivir con esta angustia, con habértelo ocultado tanto tiempo.

Juan: Acabas de decir que no queda nada entre nosotros. Has dicho: "Nada, sólo el silencio". ¿No es cierto?

(Adriana no contesta.)

¿Entonces, de qué te vale dar explicaciones? ¿Crees que la muerte de los niños fue un castigo para ti por haber tenido un amante, por haber sentido ese desenfreno que nunca sentiste conmigo?

Adriana: Contigo fue distinto. Eras tan tierno, tu dulzura...

Juan: (Le interrumpe.) ¿Y, por qué se me castiga a mí? ¿Qué culpas de amor tengo yo para que el mar se los llevara? ¿Qué culpas escondidas tengo para que me hayan quitado a mis hijos? Dime, ¿qué pude haber hecho para recibir ese castigo como tú le llamas? Yo que pasé de manos de mi madre a las tuyas, que lo único que hice fue estudiar lo que ella quiso que estudiara, trabajar en lo que ella quiso, que no tuve un padre porque ella no quiso. ¿Acaso cargo yo con las culpas de otros?

31

Adriana: Volvamos al silencio, Juan, volvamos al silencio.

ESCENA ~~16~~ 16

(Se escucha la canción, casi imperceptible. Celeste entra en escena, tararea suavemente la canción.)

Celeste: Nunca lo dije, mamá, nunca lo dije.

(Va saliendo cuando entra Adriana. La escucha un momento y luego sale.)

ESCENA ¹⁷ 17 - ADRIANA Y CELESTE EN ESCENA

Adriana: ¡Celeste! ¡Celeste! Hija, ¿estás ahí? Celeste, contéstame, por favor. Nunca nos entendimos, yo sé que preferiría a Bobby. Dicen que todos los hijos se quieren por igual, pero no es cierto. Perdóname. Bobby era tan como mi padre, sus grandes ojos azules. Nunca nos contradecía. Tú siempre lo hacías, como yo. Te parecías tanto a mí. ¿Eso no te gusta, verdad? No, claro, no te gusta. ¿Por qué no nos entendimos? Nunca... o quizás desde aquella noche. Te pedí que no dijeras nada. ¿Qué hacías en el balcón a solas esa noche? ¡Celeste! ¿No me vas a contestar? A tu padre sí le contestas. Tampoco él sabía nadar, tampoco, al igual que yo. Tú sí. ¿Por qué

32 ✓

si sabías hacerlo no pudiste salvarlo? ¿Por qué? Me hago siempre la misma pregunta. ¿Por qué no pudiste salvarlo? No sabía nadar. Hubiese preferido ahogarme yo. (Celeste se va marchando)

Don Pablo: *ESCENA 18*
Después busqué a Juan Pablo. Cuando la hermana de Adriana no vino por el dinero imaginé que algo había sucedido. *NUNCA ME GUSTO' CI MAR.* Llevé a Juan al campo. Siempre mantuve la casa. Había gente de los alrededores que la cuidaban. Si uno paga todo es más fácil. Ahora quedamos él y yo, sin nada que decirnos, solamente él y yo.

Celeste: Mamá está con nosotros. Con Bobby casi todo el tiempo. Pero a veces viene a mí y como ya puedo hablarle, me sonríe, le canto y entonces me parece que me quiere un poco. ¿Qué maravilloso!, ¿verdad? Pensar que a uno lo quieren, aunque no sea cierto. Pero, lo es. En nuestra imaginación, lo es.

(Canta muy quedo) Naranja dulce, limón partido
dame un abrazo que yo te pido.
Si fuera falso mi juramento
Llegó el momento de reparar.
Toca la marcha, mi pecho llora
Adiós señora, que ya me voy.

FIN DE VERANO VERANO